

LA MUERTE DE AGRAMONTE

La caída del Mayor General Ignacio Agramonte en la batalla de Jimaguayú fue una desolación. Aquellos hombres que no sabían lo que era el miedo y se enfrentaban con la muerte diariamente, lloraban la pérdida de su jefe. Bien es verdad que Ignacio Agramonte con su habilidad organizadora, su don de mando y su forma de tratar a los hombres no era sólo querido de los oficiales, sino que la generalidad de los soldados lo admiraban y seguían con fe ciega.

Su muerte fue un golpe terrible para la Revolución, especialmente en la zona camagüeyana.

Por eso el Presidente Céspedes dándose cuenta de la importancia que tenía la sustitución de Agramonte, mandó a llamar al General Máximo Gómez, a quien había destituido del mando.

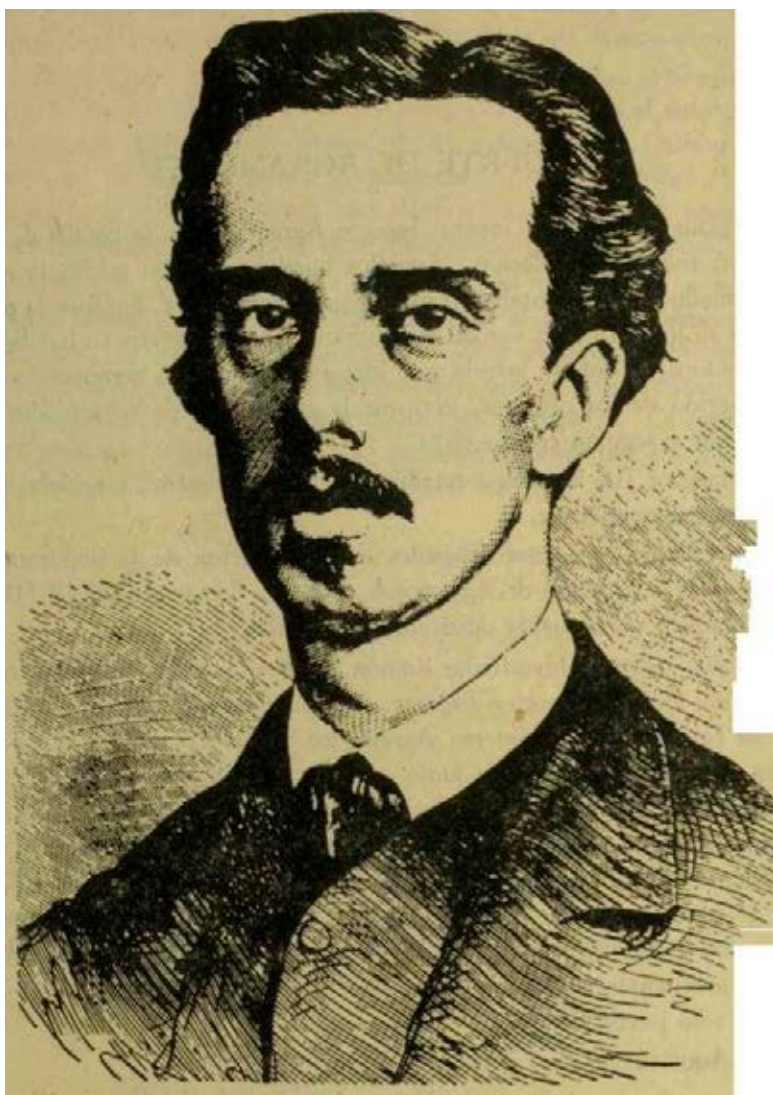
Un día —dice el historiador Ramón Infiesta—¹³⁰ recibe un oficio inesperado del Gobierno, seco y urgente. «¿Acaso me irá a fusilar?» No, es que se rumora que ha muerto Agramonte. «¡Qué pérdida!» Corre en busca del gobierno y el 8 de junio —«¡qué coincidencia!»— se baja en la tienda del Presidente Céspedes. Otra vez frente a frente y, ésta, la última. Nada tienen que reprocharse, si es que recuerdan el pasado. El Presidente era la autoridad, el general la necesidad. El uno es la ley, la paz; el otro, la urgencia, la guerra. Como viven en guerra, la ley pareció arbitraria, y el general sacrificado al Presidente, pero en el fondo ambos eran consecuentes consigo mismo. El Presidente lo abraza conmovido; Gómez sólo puede decirle:

—«Aquí tiene usted otra vez a su viejo soldado.»¹³¹

Fue nombrado el General Máximo Gómez Jefe del Centro (Camagüey) y escribe en su «Diario de Campaña»: «Perdió Cuba uno de sus

¹³⁰ Infiesta, Ramón. «Máximo Gómez.» Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1937, p. 81.

¹³¹ Gómez, Máximo. «Cuba y Hogar.» La Habana, 1927, p. 257.



General Ignacio Agramonte.

más esforzados hijos y el ejército uno de sus más entendido y valientes soldados».¹³²

Después agrega al tomar posesión del mando:

«No podré en verdad formar verdadero juicio del estado de las tropas de Camagüey, pues apenas he visto una pequeña parte. Sin embargo de ello, puedo deducir, porque se demuestra el carácter organizador del General Ignacio Agramante; que a pesar de que aquel General, no tenía ni siquiera nociones de milicias, son las tropas, que bajo su dirección presentan hoy, más y mejor organización de todo el ejército que combate. Y es que aquí en el Camagüey, sólo él, sin ser molestado por los poderes Civiles, supremos, de Gobierno y Cámara, pudo hacer efectiva la disciplina.»¹³³

El Dr. Félix Figueredo tenía una gran simpatía y admiración por el jefe camagüeyano y al enterarse de su muerte en pleno combate, exclama:

—«La falta de Ignacio Agramonte, en mi concepto es irreparable, tanto por sus actitudes militares, cuanto porque era el ídolo de los camagüeyanos y de los demás cubanos, que lo veían obrar y conducirse en todas las circunstancias buenas o malas de la guerra. Era el general de mayor prestigio que teníamos, por su ilustración y por lo bien que organizaba las fuerzas. Su valor era indiscutible. Con la muerte del Mayor Ignacio Agramonte ha perdido la República lo que no volverá a recuperar.»¹³⁴

En su diario Ignacio Mora escribe: «jueves 12 de junio: Gómez sustituye a Ignacio en el mando del Camagüey. Mucha diferencia se ha de notar con este cambio. El carácter, la inteligencia, los principios políticos y la educación de Agramonte hacía que la división del Camagüey fuese la mejor organizada. Jamás con él era ajada la dignidad del soldado; su persona era considerada y sus faltas se castigaban según ordenanza. Gómez no tiene ni una de esas cualidades; su carácter fogoso le hace cometer abusos, no considera al oficial ni al jefe, se verá en aprieto; y, si no modifica su carácter, es probable que vengan cosas desagradables.»¹³⁵

¹³² Gómez, Máximo. *Diario de Campaña*. Instituto del Libro. La Habana, 1968, p. 33.

*Gómez, Máximo. «*Diario de Campaña*.» Obra citada, pp. 37 y 38.

® Figueredo, Félix. «*Documentos Históricos*.» *Revista Cubana*. La Habana» 1888. Tomo 8, pp. 38 y 39.

¹³⁵ Sarabia, Nydia. Obra citada, pp. 178.